

LAS HORAS VACÍAS

MONODRAMA DE RICARDO LLORCA

Antonio García Montalbán

Profesor de Historia de la Música. Director de la
Semana de Música Sacra de Benidorm

Esta no es en el sentido estricto una obra religiosa, pero estaba destinada a serlo. Cuando hace un tiempo solicitamos al compositor Ricardo Llorca una obra para estrenar en la **Semana de Música Sacra de Benidorm**, sus inquietudes creativas aparentemente estaban muy lejos de sintonizar con nuestra propuesta.

La cosa tuvo un comienzo cuando menos curioso. Nuestro autor es de esos individuos que gustan de vivir en extremo lo que el mundo, en su variedad casi infinita, ofrece, al tiempo que necesita del contacto con su tierra, la familia, y los viejos amigos de los veranos de su infancia en Benidorm. Nuestra amistad es mucho más reciente, pero solemos encontrarnos en esas visitas tuyas y aprovechamos para charlar y compartir cenas. Todo empezó así, de esa manera inocente, con una cena. Aquella noche debatíamos sobre la excelencia del *steak tartare* que teníamos delante, cuando, sin saber bien por qué, Llorca empezó a contar algo ocurrido hace unos años en el bloque de apartamentos donde reside en Nueva York. En cierto modo una historia de aflicciones, como tantas otras propias de nuestro tiempo. Se trataba de una vecina anónima, de un ser solitario, de una mujer con un, al parecer, magnífico trabajo que no la hacía menos solitaria y que se abismaba todos los fines de semana.

¿Fue William Blake quien dijo aquello de que el camino del exceso conduce al palacio de la sabiduría? Todos los vecinos llegaron a temer por ella. Los gritos, las voces. Uno oye tantas cosas hoy en día. Así que no resultó extraño que alguien llamara a la policía. Y llegaron esos policías neoyorquinos, como salidos de una pantalla. Golpearon la puerta. Suelen hacerlo con los nudillos de la mano izquierda mientras la mano derecha descansa en gesto rutinario y harto sobre el arma reglamentaria. ¡Señora! ¡Señora!... (¡Pobre mujer!) La puerta se abrió.

Nuestro amigo quería escribir una ópera sobre ello. Consideraba que era una situación muy de nuestro tiempo e imaginaba proezas compositivas que llevarían en volandas un texto, que reflejaría toda la acritud de esa existencia. Su entusiasmo le hacía creer inviable nuestra propuesta. Se nos terminaba el *steak tartare* y el vino de nuestro festivo encuentro parecía ser insuficiente, pero, de pronto, surgió la vívida sensación de que aquella historia, que él creía pagana, contenía una carga espiritual de gran fuerza. La conversación se aceleró. Hablamos de cómo nuestros compositores áureos escribieron sus músicas intercambiando los sentidos de sus textos en la conocida práctica de *a lo divino* y *a lo humano*. De cómo resulta

tremendamente conmovedor el que, en ocasiones, de esos grandes vacíos espirituales surjan los pensamientos más elevados. ¿Acaso el alma de los místicos no se reviste de todas las angustias, de las más insondables dudas antes de recibir el don gracioso de la fe inquebrantable, de la certeza que los eleva a la santidad? *Mas esto no es posible mientras vivo en carne mortal. ¡Oh cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán immaculado el corazón...*

Con todo, tras la propuesta de Llorca no hay que buscar al personaje. Su propuesta apunta hacia el sentimiento de desamparo, de angustia vital en el que se ven atrapados algunos individuos. La neoyorquina abismada que Llorca ofrece es un ser roto, aparentemente sin salvación. La heroína de **Las horas vacías** nunca podría ser un trasunto de Santa Teresa de Jesús, porque le falta la fuerza y el equilibrio (*¡equilibrío!*, ella, que otorgaba a su viva imaginación el título de loca de la casa). Virtudes que, junto con otras muchas y poderosas, la convertirían en Doctora de la Iglesia. Pero tampoco podría ser una María Magdalena, porque mientras el personaje evangélico trasciende de una vida *vieja* a otra *nueva*, en lo que tantos pensadores han visto una analogía de la vida cristiana, la heroína de Llorca permanece en las tinieblas, en las dudas, en la soledad.

La mujer (igual podría haber sido un hombre) de **Las horas vacías** es un personaje doliente, sin esperanza y, tal vez por eso, insoportable. Pone ante nosotros el insoportable peso de nuestras limitaciones y nuestras dudas. En ningún momento del libreto lo dice, pero en toda la obra sobrevuela un grito angustiado, que todos hemos oído en el Gólgota de nuestra imaginación: *¡Sálvame!*

Llorca ha concebido una obra que no se aleja en lo conceptual de otras suyas anteriores. **Las horas vacías** se estructura en 13 números, más un “Libérame” introductorio y circunstancial para coro. Texto y música son del propio autor y si en el texto se evidencian ciertas fisuras y debilidades subsanables, es en la música donde la escritura luce sus mejores galas. Sigue profundizando en su particular lenguaje compositivo. Esto es, su beber en las fuentes de nuestros clásicos, así como en los ritmos populares de tradición hispana, para darles un nuevo tratamiento, un nuevo ensamblaje armónico, rítmico y tímbrico que, en modo alguno, son disfraz sino una nueva forma de contemplarlos.

Los efectivos orquestales se reducen a la cuerda con una función ajena a la tradicional de generadora y portadora de temas. Se añade a esto un piano que desarrolla, como viene siendo habitual en la escritura de Llorca, toda su personalidad percutiva y deviene en corazón de toda la maquinaria rítmica puesta en juego. Sobre esta arquitectura instrumental se instalan los efectivos vocales, una soprano y su alter ego, encomendado a una actriz, además de un coro que viene a recuperar la función coréutica que tuviera en el antiguo teatro griego. Si a los instrumentos se les exige durante toda la obra una precisión mecánica, en lo que es una analogía del discurrir temporal, a la soprano se le exige una coloratura exquisita al tiempo que fortaleza extrema para mantenerse en las regiones más agudas de la

partitura. Realmente un reto atractivo para cualquier cantante que se precie. La única concesión a nuestra heroica cantante ha sido desdoblar el personaje de manera que una actriz se encargue de las partes habladas y libere a *su otro yo* de mantener dos registros, en lo que bien podríamos denominar un *sprechgesang* a dos.